

LA IMAGINACIÓN POLÍTICA. LA INFLUENCIA DE CARROLL QUIGLEY Y DE RONALD REAGAN EN EL DISCURSO PRESIDENCIAL DE BILL CLINTON

The Political Imagination. The influence of Carroll Quigley and Ronald Reagan on Bill Clinton's presidential narrative

José Jesús Sanmartín Pardo¹

Universidad de Alicante

Alicante, España

jose.sanmartin@ua.es

Vol. XIII, n° 22, 2015, 83-109

Fecha de recepción: 4 de marzo de 2015

Fecha de aceptación: 26 de junio de 2015

Versión final: 28 de julio de 2015

RESUMEN. En este artículo, se analizan las causas que impulsaron el cambio estratégico en la retórica institucional del presidente Clinton, enfatizando la imaginación política como factor decisivo. Durante la primera etapa (1993-1994) de su mandato, el presidente Clinton cometió errores manifiestos en

¹ José J. Sanmartín es profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad de Alicante. Doctor en Ciencia Política y Sociología (Uned), doctor en Filosofía (Universidad de Murcia), Master en Derecho de la Unión Europea (Uned), Master en Gestión y Análisis de Políticas Públicas (Universidad Carlos III), Diploma de Especialización en Derecho Constitucional y Ciencia Política (Centro de Estudios Constitucionales). Seagram International Fellow (1999), McGill University, Montreal. Socio perpetuo de American Political Science Association, International Political Science Association, American Historical Association, entre otras. Autor de más de 50 publicaciones científicas, entre ellas el libro *Circa 1900. El parlamentarismo como práctica liberal en España e Italia*, galardonado con el Accésit del V Premio Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios (Fundación Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico).

una interlocución política que fluctuaba de manera irregular. Tras el fracaso de las elecciones de otoño de 1994, Clinton desarrolló todavía más la adaptación de técnicas que Ronald Reagan había expandido durante su presidencia, al objeto de transmitir mejor su ideario transversal y sincrético, vocacionalmente integrador, influido por Carroll Quigley. Además de ganar asertividad, Clinton logró afirmarse como un líder inclusivo que buscaba la conexión directa con su pueblo y el servicio al mismo. La metamorfosis retórica de Clinton ya quedó consolidada en 1995, facilitando poderosamente su reelección presidencial del año siguiente.

Palabras clave: presidencialismo, Reagan, Clinton, comunicación política

ABSTRACT. In this article we study the causes that impulsed the strategic change in President Clinton's institutional rethoric. The political imagination was developed as a relevant key element. During the first stage (1993-1994) of his term, President Clinton committed manifest errors in an irregular political dialogue. After the failure of the 1994 election, Clinton developed further adaptation of techniques that Ronald Reagan had expanded during his presidency, in order to better diffuse his syncretic ideology, vocationally looking for integration influenced by Carroll Quigley. Besides gaining assertiveness, Clinton managed to establish himself as an inclusive leader who sought direct connection with the people and the service. Rhetoric metamorphosis of Clinton was consolidated in 1995, making feasible powerfully his next year's reelection.

Keywords: presidentialism, Reagan, Clinton, political communication

Introducción

La calidad del discurso presidencial alcanzó con William Jefferson Clinton un nivel de excelencia que ha sido ampliamente reconocido. Sin embargo, la influencia retórica que el presidente Reagan ejerció sobre la modulación y la adaptabilidad que Clinton imprimió a su interlocución pública, no ha merecido hasta ahora un tratamiento específico; como tampoco lo existe acerca de la presencia del legado moral e intelectual de Carroll Quigley en el mensaje político del presidente Clinton. El objeto del presente artículo reside en el análisis del ascendiente que tanto Quigley como Reagan tuvieron en la conformación de la singular práctica de la política que hizo Clinton. El idealismo de Clinton fue pergeñado en un proceso irregular de aprendizaje continuo, donde el error servía como mejora, y la transversalidad era la respuesta a la rigidez ideológica. El problema que Clinton afrontó fue cómo mantener sus principios al tiempo que hacía política en sentido amplio. Reagan y Quigley aportaron contribuciones diversas pero útiles para Clinton, que adoptó de su obra (política o intelectual) lo que mejor consideraba para cada

momento. Continente y contenido. Clinton rebasó las acepciones de los límites políticos, para lograr su objetivo de abrir un discurso integrador a la inmensa mayoría de la sociedad, sin exclusiones, sin privilegios.

La fuente de legitimidad: el aprendizaje como actitud

William Jefferson Clinton fue educado en Georgetown, entre otros, por el profesor Quigley, cuyas ideas impregnaron su pensamiento, pero también el sentido trascendente de la política como servicio, como misión. La formación intelectual y moral de Clinton quedó, pues, marcada indeleblemente por el magisterio de Quigley, pero no así su temprana práctica política, demasiado atenta al corto plazo y a lo fungible. Los contenidos quigleyanos —realmente notables— fueron desigualmente transmitidos en la primera etapa de Clinton en la Casa Blanca. El que había sido profesor suyo en Georgetown, le imbuyó de un hondo idealismo pragmático basado en el compromiso moral y el afán de superación. Bajo el sinuoso envoltorio de una imaginación política que trascendía fronteras y superaba problemas, el discurso presidencial se trocó en una herramienta retórica de primer calado. Merced a la influencia de Quigley, Clinton flexibilizó su mensaje, definiendo a la imaginación política como un espacio de encuentro, un ámbito donde las ideas se trocaban palabras, y estas preanunciaban los hechos a través de metáforas, paráfrasis y otros recursos estilísticos pero con vocación de servicio político. En este contexto, Clinton también aprovechó el caudal de visibilización institucional que el presidente Reagan había legado a la institución. Ambos mandatarios hicieron de la imaginación política un atributo señero de su comunicación, mas cada cual a su estilo. El presidente republicano ejerció un verdadero poder mediático, mientras Clinton se valió de los medios para presentar una visión más transversal. Las dificultades nos marcan límites, pero también retos. El necesario realismo nunca debe trocarse en pesimismo antropológico. Antes al contrario; las adversidades constituyen la materia desde la que implementar cambios, modular acciones, ponderar medidas. Un problema sobrenido será más bien una segunda oportunidad que la Providencia nos brinda para gestionar mejor nuestra vida.

Si Quigley aportaba una parte del significado, las técnicas retóricas y comunicativas de Ronald Reagan contribuyeron a despejar el otro segmento; la apertura a la sociedad, la eficacia en la difusión de los mensajes, la elaboración de titulares para la prensa, entre otros dividendos, fueron resultados directos de la adaptación de técnicas usadas por Reagan durante su Administración, que, a su vez, permitieron a Clinton remontar su bajada de popularidad de 1994, al tiempo que podía transmitir con eficacia las ideas quigleyanas. Precisamente, una enseñanza de Ronald Reagan adaptada por Clinton consistió en que el mensaje político logra su cénit si aparece revestido de una narrativa, donde se integra cada acto declarativo u oratorio. El gobernador de Arkansas aprendió, en la década de 1980, de la plasticidad que Reagan supo insuflar a su ejercicio de la retórica; palabras e imágenes. Un discurso está integrado por ambos componentes. De ahí el sabio

empleo de metáforas y otros recursos. Reagan hablaba a través de imágenes que se proyectaban sobre los ciudadanos. Su capacidad —en verdad única— de permitir *ver* cada discurso, cautivó al país, mas también a Bill Clinton, cuya mente abierta y ecléctica no tuvo reparos en aprender esas técnicas de comunicación.

Más allá de las manifiestas diferencias ideológicas que separaban a ambos presidentes, subyace y permanece la empatía que Clinton desplegó para “colonizar” nuevos espacios en la sociedad civil mediante el enriquecimiento de su hermenéutica dialéctica. El ejemplo inspirador de Ronald Reagan como “*The Great Communicator*” fue cenital para Clinton, en ese proceso de avance e implementación de soluciones y opciones dentro de su discurso presidencial. Del estadista conservador aprendió también a perfeccionar su capacidad para la evocación. El manejo hábil del discurso al servicio tanto del auditorio como, por supuesto, del orador. Motivación pero también integración del público mediante una narrativa característica que, en cada discurso, en cada intervención, dotaba de vida plena a las palabras.

Clinton adaptó una enseñanza de Reagan: la creación de un universo propio para cada alocución debía ser singular por definición (destinada al auditorio formal que lo recibía), pero con mensajes asumibles para una mayoría social. La combinación que Reagan había emprendido del idealismo —incluso del patriotismo acuñado como halo romántico— junto al sentido práctico otorgado por los hechos de Gobierno, tuvo en Clinton a un formulador que decantó la ecuación hacia un mayor racionalismo en sus propuestas retóricas. La evocación idealizadora que en Reagan propendía a una mayor dimensión emocional, con Clinton se centraba en la aportación de argumentarios de impoluta solvencia empírica. Por tanto, el uso aplicado a esa función evocadora dependió de la conexión entre la idea que el presidente Clinton transmitiese a los ciudadanos, y la identificación de estos con su propuesta.

El impulso catártico: la derrota electoral de 1994

Solo en contadas ocasiones, el presidente demócrata desveló en actos públicos sus libros favoritos; los que leía y los que más le motivaban. En uno de esos raros momentos, Clinton reconoció que se sintió “absolutamente cautivado” por la obra de Jeffrey Ward, *The First Class Temperament*, donde se estudiaba la figura de Franklin Delano Roosevelt. Las lecciones que Clinton extrajo de esta obra revela bastante sobre su personalidad política e indica su evolución posterior a la clamorosa derrota electoral de 1994.

Lo que más me conmovió fue la forma como el presidente Roosevelt llegó a enfrentarse al hecho de su poliomielitis, aprendiendo a vivir con ella, a triunfar sobre ella, a usarla para hacerse más fuerte en su interior².

² Clinton (1993 d) (traducción propia). Ward retrató en su biografía varios hechos que motivaban la empatía de Clinton. Entre otros, la figura de Roosevelt junto a su madre unidos en

En sintonía con la obra política y simbólica que dejó el presidente Roosevelt, Clinton procuró construir su propio mito; en este caso, como el salvador del país en un momento histórico de dificultad. Ya en sus primeras semanas en el Despacho Oval, el flamante presidente, tentó la forja de su lugar en la Historia, inspirándose en los presidentes considerados “grandes”. Resultaba indispensable también la activación de una retórica solemne, con pretensiones de impacto trascendental sobre el pueblo.

Me postulé a la presidencia porque creo que se daba un momento crítico en la historia de nuestro país. Y ha habido muchos en los últimos dos siglos. Pienso en los padres de la patria [...]. Pienso en Thomas Jefferson [...]. Pienso en Abraham Lincoln [...]. Pienso en el presidente Roosevelt durante las profundidades de la Depresión (Clinton, 1993 d)³.

Aun cuando los objetivos de Clinton eran diáfananamente ambiciosos, los medios que puso para lograrlos fueron insuficientes durante esa primera etapa en la Casa Blanca, hasta el inapelable fracaso electoral demócrata del otoño de 1994, que obligó al presidente a reformular su comunicación política concediendo mayor influencia a técnicas reaganianas. Otro recurso igualmente aplicado por Clinton a la hora de impulsar su renacimiento como líder tras aquel cataclismo electoral, consistió en adoptar la táctica reaganiana de llegar al otro, de “ser” el otro. Es preciso, sostenía Reagan, aprender del contrario, incluyendo específicamente a la oposición política. De su etapa como Gobernador de California, el presidente republicano adquirió un conocimiento útil para su ejecutoria presidencial: “en la ciudad de Sacramento, aprendí a través de la experiencia que era importante desarrollar una relación de trabajo eficaz con mis oponentes en el poder legislativo, pese a nuestras diferencias políticas” (Reagan, 1990: 233)⁴. Ganar al contrario, arrebatándole su propio terreno de juego. A partir de ese momento la partida se plantearía en territorio del adversario. Se trata de transferir los debates –y las consiguientes polémicas– al campo de ideas de la oposición o de los críticos; es decir, pase lo que pase, los desperfectos caen del lado contrario. Este siempre perderá pues los estropicios que toda lucha comporta –también el conflicto retórico– afectarán, inevitablemente, a su espacio, mientras el del antagonista permanece indemne. Si adoptamos la decisión estratégica de combatir, deberá actuarse con rapidez y astucia. En semejante contexto, una incursión calculada en el cam-

la desgracia y afrontando a solas las dificultades (en este caso, a causa de la salud de su padre). El joven Franklin Delano asumió para sí unas responsabilidades que le excedían; todo ello para liberar a su padre “de toda preocupación innecesaria”. Semejante “esfuerzo” requirió “un grado sorprendente de fortaleza, sin queja ninguna, de Franklin” (Ward, 1989: 607) (traducción propia). El caso motivador de Franklin D. Roosevelt aportó realismo al ideario político de Clinton, cuya infancia y adolescencia fue también un ciclo de superación ante las adversidades.

³ Traducción propia.

⁴ Traducción propia.

pamento del adversario siempre será más rentable que esperar su acometida en nuestro territorio civil.

En su primera etapa de menor influencia retórica reaganiana, Clinton proyectó una posición evasiva, primero, o numantina, después, negando –desde una auto-lesiva irreductibilidad– las evidencias palmarias en su contra con episodios difundidos por la prensa como el viaje en avión para su peluquero de una parte a otra del país. En su segunda etapa retórica, que se inició a principios de 1995, Clinton ya aplicó técnicas abiertamente desarrolladas por Reagan. Pero fue el caso Lewinsky el segundo hito (junto a la derrota electoral de su partido en 1994) que realmente le obligó a acelerar ese proceso de mutación en su retórica política, hasta un nivel que superó incluso a Reagan en contenidos. La idea de la subsanación, por ejemplo, más parcamente ejercida por el presidente republicano, tuvo en Clinton a un firme adherente en su etapa resolutive frente a las acusaciones que llegaban de frentes diversos por el caso Lewinsky.

No conozco a ningún ser humano que no haya cometido errores o inexactitudes de vez en cuando; y esto es especialmente probable cuando una persona ofrece tantos discursos y respuestas a tantas preguntas como hace un presidente⁵ (Reagan, 1990: 394)

La mitología quedó parcialmente mutilada en tanto el presidente no fuese capaz de consolidar su propia posición en la historia institucional del país. Las fuentes de legitimidad a las que alude Clinton en la cita anterior eran tan eclécticas como su propio pensamiento; mencionó a un presidente federalista, uno republicano y otro demócrata. La Historia como basamento de la acción presente (Sanmartín, 2008a). Además de aportarse un argumentario donde el respeto a la mayoría, pero también hacia las minorías, era un elemento de indispensable administración. En la estela de Quigley, Clinton auspiciaba esa idea de pluralidad, de diversidad, como base de equilibrio, frente a la situación dispar de la “estructura autoritaria de la vida política” (Quigley, 1979: 399)⁶.

Por si fuera poco, Clinton hacía expresa referencia a la concepción que del país tenía Ronald Reagan para proceder a la definición de lo que denominaba su propia “visión de América”⁷ (traducción propia). El mandatario republicano tenía una idea clara de lo que deseaba para la nación e, igualmente importante, sobre la manera de llevar a cabo su programa. En primer término, negaba cualquier transacción que supusiera una pérdida para sus posiciones de partida; por otro lado, defendía su estatus como presidente para forzar la claudicación parlamentaria a los congresistas que se resistieran a sus iniciativas, pero sin cerrar nunca la discreta

⁵ Traducción propia.

⁶ Traducción propia.

⁷ “Tenemos que trabajar juntos para formar y educar a nuestro pueblo, tanto como sea posible. Tenemos que trabajar juntos para que las políticas económicas estimulen la inversión sobre el consumo, de tal forma que siempre podamos ser competitivos” (Clinton, 1993d: 139) (traducción propia).

puerta del diálogo. Clinton comprendió la necesidad de combinar autoridad y responsabilidad para lograr el buen gobierno; ambos hechos quedaban soldados entre sí en base a la legitimidad democrática de su elección, que consagró el deseo de cambio por parte del pueblo estadounidense.

“Así que me postulé a la presidencia porque realmente creo que deberíamos seguir un camino diferente. No culpar al expresidente [...]. Quiero simplemente asumir la responsabilidad”⁸. (Clinton, 1993d).

Entonces, ¿cómo un presidente que comienza su mandato con un programa vertebrado y flexible puede caer casi inmediatamente en una crisis de interlocución como la vivida por la Administración Clinton a partir de la primavera de 1993? Entre otras causas, debido a que Clinton no había integrado a la prensa en su cálculo de expectativas. Esta fue una nítida diferencia respecto a la presidencia de Ronald Reagan –como Clinton aprendió a posteriori–. El mandatario republicano perfeccionó un sistema de interlocución mediática que le permitía asignar recursos retóricos a uno u otro frente informativo según los intereses –y disponibilidades– de la Casa Blanca. La habilidad de Reagan para dirigir el interés de la prensa era proverbial, al tiempo que satisfacía el apetito profesional del quinto poder mediante una fluida corriente de atención –e información– a los periodistas y corresponsales. Se reconoce la capacidad de Reagan –sobre todo en sus primeros seis años como presidente– para dar a la prensa noticias elaboradas. Prácticamente los periódicos editaban los titulares que surgían del aparato mediático de la Casa Blanca; ruedas de prensa del portavoz, intervenciones del presidente en el atrio de los jardines, discursos con motivo de recepciones oficiales, entre otros instrumentos, producían y marcaban los titulares para los medios de comunicación.

En esta primera etapa comprendida desde enero de 1993 hasta noviembre de 1994, Clinton tuvo en cuenta el legado retórico de Reagan, pero no tanto su contribución mediática. Resultaba inviable defender una política informativa determinada en base exclusivamente a la calidad retórica de la interlocución; esa excelencia, de lograrse, debe avanzar como una fuerza tranquila que transforme la sociedad, no solo a su elite dirigente. Reagan, denominado “*The Great Communicator*” por la prensa, comprendió que las personas sencillas eran su primer auditorio, porque el ciudadano medio –como sostenía el presidente republicano– es el que hace ganar, o perder, las elecciones. Y a este público se llega, primordialmente, en aplicación del sentido común.

De manera significativa, entre los autores políticos predilectos de Reagan estuvo siempre Thomas Paine, cuya obra *The Common Sense* el presidente releyó en varias ocasiones. Sus ideas del progreso inextricablemente unido al patriotismo cautivó desde el primer momento la imaginación política de Reagan; y ello a pesar del tono desabrido, en ocasiones belicoso, furibundamente antibritánico, que un escocés como Paine adoptó como logo en una etapa convulsa pero fértil de su existencia. En esa obra política, Paine justificó los argumentos de los revolucionarios para rebelarse contra el Gobierno de Su Majestad. La opresión de

⁸ Traducción propia.

un monarca que no respetaba sus propias leyes era el principal motivo aducido. En palabras de Paine, al no haber defensa bajo la ley civil, la única opción era la militar; “y aplicar la espada”⁹. Paine empleó más pasión en atacar a la monarquía inglesa que en defender la nueva institucionalidad republicana. Salvo los elogios de rigor a su protector, el general Washington, Paine no formuló una prolija teoría del nuevo Estado republicano. De hecho, y como aparente razón primera de la superioridad del sistema republicano implantado en Estados Unidos respecto a su denostada monarquía británica, este polemista altamente ideologizado situaba la exclusión de cualquier extranjero de la jefatura del Estado. “La presidencia en Estados Unidos (o, como se la llama a veces, el ejecutivo) es la única función de la que se excluye a un extranjero, pero en Inglaterra es la única función en la que se admite”; de tal forma, además, que la confianza es “el mejor seguro”¹⁰.

Por su parte, un error cometido por Clinton en esa primera etapa periclitada a finales de 1994, residió en desubicar el objeto temático del cambio. Todo el país deseaba avanzar, pero el presidente demócrata no era capaz de definir objetivos precisos ni los procedimientos (medidas, políticas, resoluciones) a tomar para lograrlos. En el Congreso, la Casa Blanca no concitaba el favor en el número de votaciones que necesitaba para legitimar su acción política. El efecto inmediato y tangible que tuvo esa línea de acción, con altibajos y cierta dispersión, fue proyectar la imagen de Clinton con la pretensión de inducir al seguidismo entre los parlamentarios e, incluso, entre algunos periodistas.

Semejante propósito aparente, por supuesto, estaba condenado al fracaso de antemano, pero la forma de expresarse, con sus quiebras, con sus dudas, con sus irregularidades, permitieron trasladar esa imagen a crecientes sectores de la sociedad. Clinton fue presentado como un gobernante hueco, donde las palabras hermosamente plúmbeas sustituían –no apoyaban– las políticas rigurosas que

⁹ (Paine, 1984: 55) (traducción propia). Unas páginas más adelante, el autor da las gracias a Cromwell por –presumiblemente– la ejecución del rey Carlos II. Sin embargo, y este fue un gesto valiente que honraría su memoria en la posteridad, Paine, amigo de la Revolución Francesa y residiendo en París (desde donde quiméricamente esperaba extender la revolución a Inglaterra), estuvo entre los pocos que públicamente –y con grave riesgo para su integridad física– abogó a favor de no condenar a muerte a Luis XVI y, luego, una vez confirmada la pena capital para el monarca francés, defendió su conmutación. Paine fue víctima de las contradicciones implícitas en sus propios hechos y escritos, a los cuales trató de trascender en una actitud madura de asunción de la responsabilidad política como deber ético.

¹⁰ (Paine, 1984: 592) (traducción propia). Sobre el pensamiento político de Paine, ya Carl Schmitt buscó desmitificar el carácter benigno de sus propuestas que, desde su perspectiva, le aparecían rebosantes de intencionalidad política: Paine representaba un planteamiento distinto, cuando no contradictorio, con la posición ademocrática de Schmitt. “Sus negaciones del Estado y de lo político, sus neutralizaciones, despolitizaciones y declaraciones de libertades poseen también un sentido político determinado y se orientan polémicamente, en el marco de una cierta situación, contra un determinado Estado y su poder político. Lo que ocurre es que en realidad no son una verdadera teoría del Estado ni una idea política. Pues si bien es cierto que el liberalismo no ha negado radicalmente el Estado, no lo es menos que tampoco ha hallado una teoría positiva ni una reforma propia del Estado, sino que tan solo ha procurado vincular lo político a una ética y someterlo a lo económico; ha creado una doctrina de la división y equilibrio de “poderes”, esto es, un sistema de trabas y controles del Estado que no es posible calificar de teoría del Estado o de principio de construcción política”, (Schmitt, 1991: 89-90).

deberían llevarse a cabo. Un político regional a quien el desempeño de la primera magistratura del país le desbordaba. Esta fue la imagen que se difundió de Clinton en esa primera etapa, donde su capacidad de interlocución con el pueblo estaba severamente obstruida por las deficiencias de su retórica política. A partir de ahí, a Clinton únicamente le quedaba el camino de la reinención institucional, aplicativo de nuevas técnicas y recursos que implementasen su figura como elemento dinámico y poroso en un proceso gradualista de mejora. Sus metas debían aparecer concretizadas en hechos aprehensibles, válidos y útiles para el conjunto de la sociedad; así llegó su reforzamiento de un discurso realmente asertivo en defensa de la innovación tecnológica como metáfora del desarrollo democrático y económico de la nación (Sanmartín, 2009).

En esa línea iconológica, lo que Reagan había defendido –en parte aleccionado por los elementos moderados de Paine– desde la “*Conservative Revolution*” era la necesidad de reconstruir un nuevo equilibrio basado en la prosperidad y la confianza como nación. He aquí una base ideológica desde la cual el presidente republicano emitía sus mensajes. Un cambio sereno, que transforma la realidad de forma constante -casi imperceptiblemente en la corta distancia-, de tal manera que el ciudadano no percibe molestias de ese proceso. Evolución en vez de revolución.

Por su parte, el presidente necesitaba demostrar que conocía la situación real del país, sus expectativas y sus desafíos. También comprendió que era preciso probar el fuste político y la capacidad de gestión. El mensaje presidencial como pedagogía de la redención; la transmisión de valores salvíficos que configurasen una arquitectura del optimismo antropológico fue un hecho capital en Reagan y Clinton. Sin embargo, entre ambos presidentes existió una nítida diferencia: mientras Reagan basó su fundamentación de esa actitud en una pléyade de creencias ideológicas y tradiciones populares, Clinton fue influido por unos concretos pensadores políticos, cuyas doctrinas adaptó y flexibilizó a efectos de utilidad. La naturaleza contundente de la derrota electoral sufrida por el Partido Demócrata en otoño de 1994, forzó al presidente a tomar un camino todavía más ecléctico. Aprender del presidente Reagan las formas sencillas, directas pero eficaces de llegar al corazón del pueblo, a la vez que implementar el pensamiento quigleyano como ideario positivo y motivador para la sociedad. En el mismo mes de noviembre de 1994, Clinton inició la reconstrucción de su discurso, con la vista puesta en la elección presidencial de 1996. El camino estaba trazado; todo dependería de su habilidad para fundir ambas influencias en un producto viable y atractivo para la sociedad norteamericana. Para conseguirlo, el marchamo de originalidad era igualmente importante; la menor carga posible de referencias intelectuales, la mayor aportación de ese optimismo basado en un renacido idealismo empírico, que gestionaba mejor y hacía del buen gobierno su primer resultado.

La motivación positiva. La influencia de Carroll Quigley

Durante una conferencia en la *Edmund A. Walsh School of Foreign Service* de su antigua Georgetown University, el presidente recordó que, en el otoño de 1964, siendo alumno de primer curso, se inscribió en la asignatura de Civilización Occidental impartida por el profesor Quigley. “Todos los que estábamos entonces allí [...] podemos recordar cosas de esas clases” (Clinton, 1994)¹¹. Así, Clinton relata la aversión hacia Platón por parte de Quigley, al que tildaba de fascista. “Incluso entonces era un político decente, y recuerdo que la mejor nota que obtuve en cualquiera de sus exámenes, fue la pregunta acerca de Platón y el mito de la caverna”. Carroll Quigley, de hecho, señaló al “*dualistic rationalism*” y a la influencia platónica como dos refuerzos silentes para corrientes radicales (Quigley, 1979: 346)¹².

Carroll Quigley expresó bien sus ideas, tanto en la prosa muy tersa de su libro sobre las civilizaciones, como en el dramatismo de sus clases. Él dejó una impresión duradera, creo que en cada uno de nosotros [...]. Y como ustedes ya han escuchado decir al Padre O'Donovan, tamborileaba en nosotros que la civilización occidental era la más grande de todas, y Estados Unidos era la mejor expresión de la civilización occidental, debido a su compromiso con la preferencia de futuro: la creencia de que el futuro podría ser mejor que el presente y que tenemos la obligación de hacerlo así (Clinton, 1994)¹³.

Y ello, sostenía el presidente Clinton, en una época donde esa certidumbre resultaba difícil de mantener para un sector de la población. Sin embargo, Clinton ha reivindicado la importancia del pensamiento de Quigley en su obra política, afirmando lo que denomina el “dictum de Quigley”. Como reconoce abiertamente, “hace tres años, aquí en esta sala, siendo candidato a presidente, tuve la oportunidad en tres ocasiones diferentes de hablar sobre esas lecciones del profesor Quigley, y de cómo creía que se adaptaban al momento presente”¹⁴. Clinton hizo referencia a lo que denominaba una “creencia” heredada de Quigley; esto es, que, “trabajando juntos, podemos forjar el futuro y afrontar los retos de un mundo en rápida transformación en el país y en el extranjero” al final de la Guerra Fría. Mas, tamaña empresa, solo “pudimos hacerla dejando atrás los viejos debates políticos y las divisiones para forjar un nuevo centro dinámico de la política estadounidense; no un compromiso, sino un paso adelante sobre la base de las ideas de oportunidad, responsabilidad y comunidad”¹⁵.

El autor de mayor peso en su percepción de lo que debía ser la sociedad abierta y sus ventajas cualitativas fue Carroll Quigley. El presidente señaló en su

¹¹ Traducción propia.

¹² Traducción propia.

¹³ Traducción propia.

¹⁴ Traducción propia.

¹⁵ Traducción propia.

autobiografía varias ideas de Quigley que tuvieron mayor “*lasting impact*” sobre él. Entre otras, que la persona es “básicamente buena” y que existe una verdad, a la que podemos acercarnos más “solo si trabajamos juntos”; de hecho, es a través de “la fe y de las buenas obras [como] podemos tener una vida mejor en este mundo y una recompensa en el siguiente” (Clinton, 2004: 78)¹⁶. Manifiesta Clinton su acuerdo con el aserto de Quigley acerca de que “esas ideas dieron a nuestra civilización su naturaleza optimista y pragmática”, así como una “*unwavering*” creencia “en las posibilidades de un cambio positivo” (Clinton, 2004: 78)¹⁷. El ideario de Carroll Quigley influyó poderosamente en las campañas electorales de Clinton desde 1992 pero, sobre todo, a partir de la catarsis motivada por la derrota de 1994; de forma creciente y sutil, el presidente fue incorporando a su discurso político el pensamiento de su mentor en Georgetown.

Y en muchas ocasiones, pero ninguna más relevante que hoy, he recordado la afirmación de mi profesor de primer curso en la asignatura de Historia de la Civilización, Carroll Quigley, que la característica distintiva de la civilización occidental en general, y de los Estados Unidos en particular, es lo que él denominó “future preference”: la idea de que el futuro puede ser mejor que el presente o el pasado; y que cada uno de nosotros tiene una responsabilidad moral, personal, de trabajar para hacerlo posible, de planear para ello, de actuar para ello, de invertir para ello (Clinton, 1998b)¹⁸.

Acto seguido, el presidente vinculaba el idealismo quigleyano a la consecución de una mejor Seguridad Social para el siglo XXI; “no hay mejor ejemplo de ese principio”, sostiene Clinton, que “la oportunidad y el deber” de lograr ese objetivo (Clinton, 1998b)¹⁹. La capacidad para concretizar la utopía, para hacer práctico el idealismo, era fuente insoslayable de legitimidad política. En este contexto, se colige la idea de Quigley respecto de la civilización como un “cúmulo confuso”, cuyo “reconocimiento explícito” de las organizaciones, de las actividades, que conforman una “mezcla de factores mutuamente dependientes”, puede suscitar una “técnica para hacer frente a un proceso irracional” (Quigley, 1979: 416)²⁰. Se trata de la noción de compromiso intergeneracional, al que se conectan también cadenas de ideas como la solidaridad entre clases y grupos sociales, por ejemplo. De ahí que Clinton proclamase que “los mejores días de este país” estaban por venir, “si nosotros cumplimos nuestras responsabilidades de hoy para mañana” (Clinton, 1998b)²¹.

¹⁶ Traducción propia.

¹⁷ Traducción propia.

¹⁸ Traducción propia.

¹⁹ Traducción propia.

²⁰ Traducción propia.

²¹ Traducción propia.

La transversalidad fue una característica identificativa de Clinton a la hora de expandir un discurso genuino que integraba, a la vez, las cuestiones fundamentales de la democracia norteamericana. La originalidad de Clinton residió en su capacidad para modular esa amalgama de elementos aparentemente dispares entre sí pero que, en sus manos, convergían hasta formar partes de un todo. Semejante disposición casi de mecano tuvo la impronta de Quigley. Éste ya anticipó la identificación de esa “tradicción occidental” que en lo sustancial adoptaría luego Clinton para desplegar su mensaje público. “Esta habilidad para utilizar la tradición occidental apareció en la capacidad de usar la racionalización, la Ciencia, la diversidad, la libertad y la cooperación altruista”, que definen como atributos a la “Civilización Occidental” (Quigley, 1998: 835)²².

Conforme al pensamiento de Quigley, preexiste un rango de ideas positivas que afirman la democracia de manera umbilical gracias a su íntima conexión. Racionalización, ciencia, diversidad, libertad y cooperación voluntaria; he aquí el núcleo fuerte del liberalismo social impulsado por el presidente Clinton. Este fomentó la combinación de tales valores como acabada formulación de su empirismo político. Pero, además, lo hizo de acuerdo a la sutil distinción quigleyana entre racionalización y racionalismo. Precisamente, Quigley se basaba en el carácter práctico de la ciencia a la hora de asentar la primera diferencia entre racionalización y racionalismo: aquella es más empírica pues, como la ciencia, se basa en la observación. La segunda disimilitud establecida por Quigley reposaba en que la racionalización y la ciencia están “más preocupadas por hacer las cosas en el mundo temporal que de descubrir la naturaleza de la verdad última” (Quigley, 1998: 836)²³. El proceso implementado por Quigley renunciaba a lograr la verdad absoluta como concepto rígido y excluyente; al contrario, sostenía el pensador, la consecución de la verdad podría mediante la aplicación de una experimentación que, de forma gradual y no siempre creciente, desembocase en conquistas parciales. Se trataba de reducir los ámbitos de duda, de avanzar hacia zonas más seguras de certidumbre, de obtener datos fiables que permitiesen recomponer una realidad anfractuosa y rota en mil pedazos.

Como dice la Escritura: “nuestros ojos aún no han visto, ni nuestros oídos han escuchado, ni nuestras mentes imaginado” lo que podemos construir.

Pero no puedo hacer esto solo. Ningún presidente puede. Tenemos que hacerlo juntos. No va a ser fácil, y no va a ser rápido [...]. Pero podemos hacerlo con compromiso, creatividad, diversidad y unidad.

Podemos hacerlo. Podemos hacerlo.

Podemos hacerlo. Podemos hacerlo. Podemos hacerlo.

[...]

²² Traducción propia.

²³ Traducción propia.

Cuando era adolescente, escuché la llamada de John Kennedy a la ciudadanía. Y luego, cuando era estudiante en Georgetown, escuche esa llamada clarividente por un profesor llamado Carroll Quigley, quien nos dijo que Estados Unidos era la nación más grande en la Historia porque nuestro pueblo siempre había creído en dos cosas: que el mañana puede ser mejor que el hoy, y que cada uno de nosotros tiene una responsabilidad moral y personal para que así sea (Clinton, 1992)²⁴.

Asimismo, la noción de responsabilidad social fue igualmente formulada por Quigley en idéntica dirección empírica e instrumental. En la concepción quigleyana, heredada y readaptada por Clinton, la misión de un político era dar contenido a las ideas, vivificando los conceptos en soluciones operativas y democráticas. El mismo Quigley describió el proceso según el cual los políticos debían propender a la convicción de “las responsabilidades sociales de la ciencia, sobre todo para evitar la guerra y para dirigir el ilimitado poder de la ciencia a favor del bienestar humano” (Quigley, 1998:812)²⁵. Se trata de avanzar hacia lo que Quigley denominaba una “*achieving society*”, reformulando la noción de David C. McClelland²⁶. El esfuerzo personal, la “autodisciplina”, la capacidad de ahorrar y, por tanto, de invertir socialmente, constituirían claves, entre otras, definitorias de esa sociedad con valores y no solo intereses (Quigley, 1998: 1275)²⁷.

La idea de mixtura fue proteica en Quigley. Esa mezcla de “elementos culturales” que conformaron a la sociedad occidental, era la base de su misma fuerza (Quigley, 1979: 348)²⁸. La diversidad como expresión de pluralismo democrático. Clinton asumió la mixtura como fuente prístina del intercambio, incluso del mestizaje –no solo cultural– que enriquecía a Estados Unidos como pueblo elegido. La gestión de la diversidad, tanto de elementos racionales como irracionales, fue para Clinton una tarea suprema, pero extrajo de Quigley los criterios rectores para ello. Lo que éste denominaba la “institucionalización de los instrumentos sociales” se basaba en la comprensión de que semejante proceso era extremadamente complejo.

Cada civilización es un cúmulo confuso de estos procesos en todo tipo de actividades humanas. [...] Que] el reconocimiento explícito o descripción de una

²⁴ Traducción propia.

²⁵ Traducción propia.

²⁶ McClelland sostuvo que, desde la perspectiva psicológica, no podía “automáticamente” seguirse que “a todas las clases de persona les guste tener conocimiento preciso de los resultados de sus decisiones sobre la acción” (McClelland, 2010: 231) (traducción propia). De facto, en ocasiones, la consecución de la satisfacción se logra más por “haber iniciado la acción que sea exitosa”, antes que por recibir “reconocimiento público por un logro individual” (McClelland, 2010: 230) (traducción propia). Como señaló certeramente M. Brewster Smith en su profundo “*book review*” de la obra, esta era “*truly audacious*” (Smith, 1964). Véase también McClelland, Atkinson, Clark, y Lowell (1953).

²⁷ Traducción propia.

²⁸ Traducción propia.

organización como el factor independiente en una mezcla de factores mutuamente dependientes sea no una descripción de la realidad [...], sino una técnica para hacer frente a un proceso irracional (Quigley, 1979: 416)²⁹.

Ante la opinión pública, Clinton —como antes otros mandatarios— tiene el Estado en la cabeza, pero además, el pueblo está en su corazón. Y el presidente muestra ambas variables. Para ello también se vale de su capacidad para dibujar escenarios hipotéticos³⁰. Conviene tener presente que los primeros llamamientos para trabajar en común fueron escasamente motivadores. En esa etapa incipiente de su desarrollo retórico presidencial, Clinton comprendió que, para ser verdaderamente eficaz, una buena comunicación política exige además de ideales a compartir entre todos, también de la defensa de algunos intereses —particulares o sectoriales— que estimulen la participación activa de diferentes sectores, corrientes y personas. Lamentablemente, la simple apelación a una causa superior —incluso a la evitación de daño genérico— puede ser insuficiente para movilizar a los grupos destinatarios del mensaje. En esa fase madura de la retórica presidencial aplicada por Clinton, se propendía a que todos los receptores del mensaje presidencial se identificasen con la comunicación, al tiempo que hacían suyos los objetivos e ideales propuestos en la alocución.

La influencia de Ronald Reagan: la plasticidad del discurso

La primera opinión de Clinton sobre el presidente conservador no fue positiva y estaba contaminada por prejuicios ideológicos. De ahí su acusación en 1992 a Reagan y a Bush senior de haber hecho perder posiciones a Estados Unidos en la escala de países por ingresos salariales durante sus presidencias (Clinton, 1992)³¹. No obstante, con prontitud Clinton apeló a la dimensión histórica de Reagan para integrarlo en su discurso institucional, a la vez que usufructuaba su halo de prestigio. Así, le reconoció en Detroit como proveedor de “fuerza” para derribar el Telón de Acero (Clinton, 1996a)³². Si bien las diferencias de contenido entre Reagan y Clinton fueron manifiestas, también es cierto que la aproximación a los hechos, así como la técnica de comunicación desplegada por el segundo era deudora en parte de la obra retórica del presidente conservador. Su pragmatismo a la hora de examinar un problema era proverbial, así como su búsqueda de la transversalidad

²⁹ Traducción propia.

³⁰ Así lo hizo en distintas ocasiones, especialmente cuando la presión política y/o mediática le obligaba a resolver disyuntivas complejas. La ponderación respecto a los efectos dicotómicos del déficit fiscal constituyó parte sustancial de su argumentario al respecto. De adoptar una medida u otra, la repercusión sobre el déficit sería mayor o menor, conforme a la explicación ejemplificativa que Clinton proyectó; expresar el déficit no solo en los grandes números, sino también mediante el uso de la divisa nacional como marco referencial, detrayéndole al mismo los centavos que el déficit restaría a “cada dólar abonado en impuestos por el ciudadano” (Clinton, 1993d) (traducción propia).

³¹ Traducción propia.

³² Traducción propia.

en el planteamiento. Para Reagan la economía era parte inseparable del ámbito decisional de la libertad humana. A este respecto, el presidente conservador reivindicó la figura de un pensador antiguo como Ibn Khaldoon para asentar el principio —para él axiomático— según el cual “cuando los impuestos fueron bajos, los ingresos eran grandes; cuando los impuestos eran altos, los ingresos fueron bajos” (Reagan, 1990: 231)³³.

Un aparato del Estado federal que fuese menor pero eficiente; he aquí una idea adaptada por Clinton del ideario no intervencionista del reaganismo: “todos estamos de acuerdo en que debemos cambiar la manera cómo funciona la Administración. Hagámosla más pequeña, menos cara y más inteligente; más delgada, no peor” (Clinton, 1995a)³⁴. Clinton entendía la economía como motor del desarrollo social, y viceversa. La mejora de las grandes cifras debía traducirse en una implicación reparadora por parte de los poderes públicos en la protección de los sectores vulnerables. La clave para Clinton, desde el sincretismo que aplicó —ya abiertamente desde 1995— para implementar su liberalismo social, residía en bajar los impuestos, a la vez que mantenía las políticas de protección.

Una poderosa imaginación política que motivase hacia la acción. La capacidad de ilusionar fue otra lección aprendida del presidente Reagan³⁵. En el surco metafórico de su retórica, era proverbial la habilidad de Ronald Reagan para crear imágenes de lograda plasticidad expresiva que —calculadamente— sintetizaban ideas, proyectándolas iconológica y simbólicamente. Por su parte, Clinton introdujo un esfuerzo de explicación racionalizadora junto a elementos de mayor emotividad. Conceptos e ideas que, mediante distintos recursos visuales, Clinton trocaba en compromisos éticos fructificados desde el realismo.

Semejante planteamiento empírico no estaba exento de recursos estilísticos procedentes de autores clásicos como John Donne. “Por último, os insto a que debemos vernos no como individuos aislados, sino como miembros de comunidades interdependientes, a nivel local, nacional y, por supuesto, a nivel mundial”. Solo así, postulaba Clinton, desde el trabajo conjunto y la motivación a favor de una empresa común, se podrá obtener el “máximo provecho de nuestras oportunidades” y “hacer frente a nuestros problemas” (Clinton, 1994a)³⁶. Al mismo tiempo, Clinton fue cauto en su política exterior, procurando abandonar todo sesgo imperativo de presidencias anteriores. La influencia de Fulbright ha sido generosamente reconocida por Clinton, de quien tuvo presente su enseñanza contenida en *The Arrogance of Power*: las grandes naciones que se meten en problemas llegando

³³ Traducción propia.

³⁴ Traducción propia.

³⁵ Sobre este aspecto de la presidencia Reagan, véase el estudio de Reeves (2005); este autor afirma que para Reagan “las palabras son por lo general más importantes que las acciones”, en base a la proyección que hacía el Presidente de “la esperanza y el destino” (Reeves, 2005: 7). También de Cannon (2000). Desde una posición reivindicativa de la obra del Presidente Reagan, aparece de su “speechwriter” Noonan (2002). Sobre el papel de la propia Noonan en la elaboración del “*Fawcett Address*”, véase Reagan (2007: 680 y ss).

³⁶ Traducción propia.

incluso a derivar hacia un proceso de decadencia de larga duración, lo hacen porque son “arrogantes en el uso de su poder”; esto es, intentar “hacer cosas que no deberían hacer en lugares que no deberían estar” (Clinton, 2004: 100)³⁷.

La plasticidad de los discursos fue superior en Reagan que en Clinton. La mentalidad —y la voluntad— racionalizadora de este último restó ese elemento finalista de eficacia emotiva que Ronald Reagan siempre insertó como verdadero protagonista de su retórica. La repetición de palabras clave era común en Reagan antes que en Clinton, cuya riqueza de lenguaje no superaba, empero, la efectividad emotiva —y la habilidad comunicativa— del presidente Reagan. Aun así, o quizá por ello mismo, Clinton reiteraba conceptos e ideas que consideró claves para cautivar al auditorio, ganándolo hacia sus posiciones. De manera gradual, su pensamiento político se hizo más elástico y poroso; el sincretismo ideológico (lo mejor de la cultura política del país) se erigió en frontispicio inspirador de su etapa madura como presidente. Clinton tampoco omitió la espontaneidad, dándole curso para que adquiriese su previsto lugar en el discurso. Una forma de hacer suyos los mensajes para, de esta forma, entregárselos —devolvérselos— a una sociedad civil que pudiera sentirse reflejada en sus palabras. De manera significativa, el presidente Clinton tendió a utilizar de manera fluctuante, escasamente regular, lo que Robert A. Dahl ha tipificado como “el mito del mandato”; ese “*commonplace*” por el que en base a su elección, el presidente aparece investido de un “mandato para sus objetivos y sus políticas por parte del pueblo de los Estados Unidos. El mito del mandato es ahora un arma normal en el arsenal de símbolos persuasivos” que usufructúan todos los presidentes (Dahl, 1992: 148)³⁸.

Lo que Reagan entendía como retórica política era un soporte básico de interlocución. De hecho, su definición de un buen comunicador político se basaba en su experiencia profesional como actor³⁹, pero también como político nato con altas cualidades para interpretar la orientación de un auditorio. Su proverbial capacidad de adaptación fue en Reagan salvaguarda de su mensaje político, convenientemente arropado por una mitología propia, característica de su universo ideológico a la vez que integradora de otras visiones. La nostalgia de un pasado y de una patria —ambos conceptos debidamente hipostasiados e idealizados—; la defensa de unos valores sociales y familiares que arraigaban la imagen de una comunidad de personas ayudándose mutuamente, donde los vecinos colaboran entre sí. El éxito de Estados Unidos se arraigaba en el axioma del “vecino ayudando a su vecino”, gráficamente expresado por el presidente Reagan (1982). Esa imagen fue verbalizada pero también proyectada por Reagan en diferentes discursos.

³⁷ Traducción propia. El mismo Fulbright asentó el axioma de que si Estados Unidos aceptaba su papel como líder occidental, “esa idea se puede definir como la proposición de que la nación ejerce su función esencial, no en su calidad de poder, sino en su capacidad como una sociedad, o, para decirlo simplemente, que el asunto principal de la nación no es ella en sí misma, sino su pueblo” (Fulbright, 1966: 256) (traducción propia).

³⁸ Traducción propia.

³⁹ “Mi instinto de actor simplemente me decía que dijese la verdad tal como la vía y la sentía” (Reagan, 1989: 14) (traducción propia).

Semejante mística hizo del reaganismo una variante poderosa dentro del conservadurismo norteamericano; tanto, que trascendió a la misma acepción ideológica. El idealismo mitologizado de Reagan pudo expandirse hacia segmentos políticos escasamente sensibles al derechismo, pero sí al mensaje de la cooperación, de la ayuda al prójimo, etc. En Reagan, el uso de una narrativa (heroica, prometeica) para edulcorar sus principios fue una hábil técnica de socializarlos, limando asperezas y eludiendo conflictos. Se trataba de sumar —no necesariamente de fundir— elementos fuertemente emotivos para distintas comunidades ideológicas de creyentes, de tal forma que el reaganismo apareciese como una plataforma idónea para proyectarlos hacia un porvenir mejor para todos.

El propósito del reaganismo en estado puro consistía en canalizar el individualismo hacia una dirección proactiva e integradora; de tal forma, además, que el individualismo sea una aportación a favor de la libertad y el progreso, “desde las virtudes morales y colectivas”. De acuerdo al reaganismo, una proclamada “libertad perfecta” pudo erigirse en “señal segura de la tiranía y el privilegio” de no haber sido por la comprometida acción de los “valientes pioneros”; asimismo, su decantación hacia el trabajo y el progreso material hizo posible la “seguridad continua y la felicidad del hogar” (Wilentz, 2008: 135)⁴⁰. Clinton rendía tributo “en honor” al presidente Reagan, definido como un líder “insuperable en su patriotismo y amor inconmensurable hacia las Fuerzas Armadas, y que todavía nos inspira por su valentía y elegancia” (Clinton, 1995b)⁴¹. Es por ello que el presidente Clinton homenajeó en esta solemne ocasión a Truman y Reagan; el sincretismo político y la elasticidad mental. “A causa de sus perdurables contribuciones a la protección de la seguridad de nuestra nación, es por lo que honramos a estos dos presidentes de diferentes partidos y diferentes épocas” (Clinton, 1995b)⁴².

El presidente Reagan tenía un alto sentido de la institucionalidad, en particular de la jefatura del Estado que a él correspondía encarnar. De ahí que formulase una visión práctica de la retórica, quedando ésta siempre al servicio de los fines políticos de su Administración. Así, el jueves, 14 de junio de 1984, Reagan realizó en su diario una reflexión profundamente reveladora acerca de una importante reunión: “tengo un buen presentimiento de que deberíamos hacer esto” (Reagan, 2007: 247)⁴³. Ese reconocimiento íntimo hacia lo intuitivo resultaba inaprehensible desde la racionalidad aplicada por Clinton durante su primera etapa como presidente⁴⁴.

⁴⁰ Traducción propia.

⁴¹ Traducción propia.

⁴² Traducción propia.

⁴³ Traducción propia.

⁴⁴ “Pero en Washington también debemos trabajar juntos. Durante demasiado tiempo, el crimen se ha utilizado como una forma de dividir a los estadounidenses desde la retórica. [...] Expreso mi agradecimiento a los miembros republicanos del Congreso que están hoy aquí—, es hora de usar el crimen como una forma de unir a los estadounidenses a través de la acción. Hago un llamamiento a los demócratas y a los republicanos para trabajar con nosotros” (Clinton, 1993c) (traducción propia).

Ronald Reagan impulsó cambios fundamentales en las ruedas de prensa que un presidente concedía en la Casa Blanca. En primer lugar, modificó la escenografía, no tanto el escenario. En vez de hacer su entrada por una puerta lateral, lo que obligaba al presidente —para acceder a su tribuna mediática— a pasar junto a los periodistas ya acomodados en las sillas, Reagan incorporó el corredor como escenario de acceso para el presidente. El pasillo central (perfectamente ordenado, correctamente alineado, moderadamente decorado, en una manifestación visual de equilibrio y sentido común) era el fondo abierto y tranquilo que aparece tras el atril. Cuando se anuncia la llegada del presidente, los asistentes se incorporan respetuosa y necesariamente: es la única forma de ver al jefe de Estado, que aparece al fondo del pasillo y accede a la tribuna ubicada al final del mismo, ya en la sala donde se celebra la conferencia de prensa. El recorrido del pasillo puede hacer ganar visibilidad pública y credibilidad política a la intervención del presidente; un paso tranquilo y firme, cuerpo erguido, gesto resolutivo; *Estados Unidos está bien gobernada*.

A Clinton le faltó la espontánea simpatía de Reagan. Los discursos de aquel, aun buscando la empatía con el oyente, en ocasiones pecaban de formales, incluso aparecían tocados de cierta solemnidad. La gravedad que Clinton quiso imprimir a algunos tramos de sus discursos, obedecía a la necesidad política de subrayar la importancia —e, indirectamente, la jerarquía— de unos hechos frente a otros. También la edad y la experiencia profesional anterior pudieron marcar diferencias entre ambos presidentes. Reagan, experto orador antes de entrar en la carrera política, podía permitirse cierto humor —siempre moderado— en algunos comentarios; el suyo era un discurso enfocado a lograr un efecto político previamente diseñado y deseado. Los medios eran un instrumento al servicio de una finalidad retórica. Sin embargo, el más joven Clinton, político casi desde sus orígenes profesionales (salvo su período como docente universitario), tenía menos recursos —sobre todo en sus dos primeros años en la Casa Blanca— para evadirse de las presiones ambientales que se cernían sobre la presidencia. El temor a equivocarse era palpable en Clinton durante esa primera etapa; de tal manera, que el presidente demócrata incluso llegó a expresarse con cierto envaramiento, carente de la cordialidad —paráfrasis del calor humano— que Reagan imprimía a sus intervenciones públicas.

Era tan a menudo conmovedor y tan a menudo exitoso en sus discursos que vino a establecer el estándar. Pero Reagan como orador ha sido malentendido. A menudo él era emotivo, pero no lo era por la forma en que decía las cosas, sino por lo que decía. No dijo las cosas de una manera grande, sino que dijo cosas grandes (Noonan, 1998: 65)⁴⁵.

Este fin podía lograrse mediante el uso calculado de diferentes técnicas. Entre las más depuradas, cabe destacar la que Reagan inspiró en Clinton: el valor del ejemplo humano; empezando por uno mismo. La capacidad de rectificar, de

⁴⁵ Traducción propia.

subsanan, de regenerar. Aprender de los errores; acusar recibo de los mensajes emitidos por la sociedad. No fue casual en una alocución que, tras mencionar al presidente Reagan, Clinton afirmase que, cuando tenía 34 años de edad, “ya había sido derrotado dos veces”; de tal manera, que “era el más joven ex-gobernador en la historia de Estados Unidos”. En vez de hundirse, Clinton enmendó sus errores, iniciando una travesía desde lo básico, que le impulsaba a reconectar con las personas de la calle. “Aprendimos mucho juntos, e hicimos mucho juntos. Y hace 4 años me disteis la oportunidad de ser presidente” (Clinton, 1996b)⁴⁶. Reagan exhibió cómo debe ejecutarse la empatía a la hora de conseguir una finalidad retórica y, siempre, desde una perspectiva de difusión del mérito (el buen gobierno) y atracción del oyente (el buen ciudadano).

Sí, en un día normal del mes de enero, los norteamericanos de una comunidad normal de Estados Unidos demostraron una extraordinaria valentía, sacrificio y amor por sus semejantes. Y cuando se acabó todo, no alardearon ni gritaron. Solo volvieron a su trabajo cotidiano. Pero habéis dejado atrás un don, no solo para las víctimas del accidente, sino también para todos nosotros [...]. Vuestro espíritu siempre nos inspirará y guiará. Y como presidente solo os pido que hoy aquí pueda daros las gracias (Reagan, 1989: 334)⁴⁷.

Las críticas contra Reagan, primero, y contra Clinton, después, de carecer de títulos políticos suficientes para acceder a la primera magistratura del Estado, quedaron irreversiblemente desprovistos de base una vez mejorada su respectiva capacidad de comunicación política. En Estados Unidos, lo que se requiere de un líder son cualidades técnicas y éticas como partes inextricables entre sí; fracciones de un conjunto, y un todo que sirve a la sociedad democrática. De manera significativa, la alta política norteamericana ha exigido de sus candidatos, antes que en Europa, de cierta inteligencia emocional. La empatía como pre-configuración de gobierno. Ya de forma temprana, James Bryce lo expresó con claridad en una obra clásica.

⁴⁶ Traducción propia.

⁴⁷ Traducción propia. El texto procede de su discurso “*Remarks at a Ceremony Honoring Residents of Chase, Maryland*”. De forma significativa, el propio Presidente Reagan afirmó en la presentación de un discurso su favorable impresión hacia los héroes: “y lo maravilloso es que están alrededor de nosotros en nuestra vida cotidiana. Durante mi Presidencia, consecuentemente traté de focalizar la atención sobre aquellos americanos medios que son silenciosamente heroicos. Y hay tantos de ellos que creo debe ser parte solo del carácter norteamericano” (Reagan, 1989: 332) (traducción propia). Tanto Reagan como Clinton desarrollaron exponencialmente la dimensión heroica del ciudadano medio, aupado a una dignidad moral de eximia calidad. Las tareas de cada día, el trabajo cotidiano bien hecho, el cumplimiento de los deberes (con la sociedad, respecto de la familia, hacia nuestros conciudadanos), la satisfacción de las obligaciones, la honradez y la profesionalidad, entre otras, son características que definen una vida plena. En manos de Reagan, luego de Clinton, el norteamericano recuperó ese sentido de pertenencia a una comunidad nacional inclusiva, a la vez que se operaba una identificación entre las actividades diarias y un actualizado *American Dream*. El heroísmo de lo cotidiano.

El votante estadounidense común no se opone a la mediocridad. Tiene una concepción más baja de los requisitos de cualidades para formar a un estadista que quienes dirigen la opinión pública en Europa. Le gusta que su candidato sea sensato, vigoroso, y, sobre todo, lo que él llama “magnético”, y no valora -porque él no lo ve necesario- originalidad, profundidad, una cultura fina o un amplio conocimiento (Bryce, 1995: 74)⁴⁸.

Lo que Reagan entendía como retórica política fue un soporte de interlocución básico volcado a conectar individualmente con cada ciudadano. El contacto personal era para Reagan un atributo político y un compromiso ético; además de la dimensión vocacional que transmitía la naturalidad que brotaba del “extraordinario encanto personal y humor” que Reagan tuvo, como Morris lo definió (1999: 424)⁴⁹. “Lo que le distinguía era la magia de su entrega, su aplicación concreta al momento, y el sentimiento de que el orador creía cada palabra que lo que dijo” (Morris, 1999: 405)⁵⁰. De hecho, su definición de un buen comunicador político se fundamentó en su experiencia laboral como actor y vendedor⁵¹.

Igualmente, el presidente Reagan ofreció una aproximación precisa sobre los mecanismos de identificación que, certeramente empleados en su narrativa institucional, atraían sobre el discurso de un político la atención e, incluso, la adhesión. “Lo que he dicho simplemente tiene sentido para el hombre de la calle, y es el hombre de la calle quien elige a los presidentes de los Estados Unidos” (Reagan, 1989: 14)⁵². Reagan implicaba al auditorio con el uso de engarces sentimentales (aquellos que todos queremos, nuestros valores y creencias), materiales (aquellos por lo que luchamos, el bienestar para nuestras familias) o nacionales (aquellos que sentimos, la pertenencia a una patria común e indivisible, construida sobre el trabajo de nuestros padres y antepasados, porvenir de nuestros hijos y descendientes). Al objeto de sedimentar esas ideas en sus discursos, el presidente Reagan solía recurrir al empleo mayestático de interpelaciones que reverberaban como productos elaborados de forma personal para cada oyente, aun cuando se empleasen de manera hartó genérica: “*you know*”, “*but you know*”, entre otras. Para Daniel Lazare, la figura de Reagan merece ser analizada por la mejora que operó en los mecanismos de interlocución, donde la verdad se transforma en sinceridad

⁴⁸ Traducción propia.

⁴⁹ Traducción propia.

⁵⁰ Traducción propia.

⁵¹ “El actor de serie B se convierte en el personaje que está representando y el personaje llega a ser él mismo, en un proceso pirandelliano en el que la línea entre la ilusión y la realidad se difumina. Como resultado de ello, Ronald Reagan nunca fue más sincero que cuando estaba leyendo un guion, nunca más fue él mismo que cuando estaba actuando” (Lazare, 1999: 204) (traducción mía).

⁵² “De hecho, esa es una de mis teorías sobre discursos políticos. Tienes que seguir insistiendo con tu mensaje, año tras año, porque es la única manera que arraigará en la conciencia colectiva. Soy un gran creyente en los discursos electorales –discursos que puedes dar una y otra vez con leves variaciones. Porque si tienes algo en lo que crees profundamente vale la pena repetirlo una y otra vez hasta que lo logres” (Reagan, 1989: 59) (traducción propia).

y ésta, a su vez, se expresaba como lo verosímil. Ello, por ende, generó un efecto colateral a la vez que efectivo:

Reagan prefirió envolver su mensaje en una imagen vaporosa, desde un enfoque suave, de Estados Unidos como “una brillante ciudad sobre una colina” que una vez fue y podría ser otra vez. El hecho de que esta imagen fuera falsa hasta la médula era irrelevante. Los votantes, o al menos una parte de ellos, lo reconoció como tal, pero de todos modos les gustó. Lo importante no consistía en si era real, sino que el presidente pensaba que lo era y quería que ellos también lo considerasen así (Lazare, 1996: 204).

En el fondo, semejante lectura de la narrativa del poder presidencial se inscribe en la tradición política que busca su legitimidad en unos principios, al tiempo que se vuelca a la consecución de otros: “el arte presidencial de ser todas las cosas para toda la gente” (Lazare, 1996: 201)⁵³. Tras la toma de posesión, cada Presidente debe proceder a su metamorfosis, hasta convertirse en el gobernante anhelado por el conjunto del pueblo. Los discursos de Reagan constituyen un llamamiento permanente en la prosecución de la verdad y la justicia. Dos valores supremos de la democracia estadounidense como referente moral insoslayable. La integración del auditorio se hace de forma personal, directa, interpelando frontalmente a su homólogo, poniendo ejemplos que superan el contexto de la situación y el contenido de la gestión.

“Pero la importancia de este tratado trasciende los números. Hemos escuchado la sabiduría de una antigua máxima rusa. Y estoy seguro de que usted está familiarizado con ella, Sr. Secretario General [...]. La máxima es [...] confiad, pero verifícad” (Reagan, 1989: 325)⁵⁴. También aquí, resultó decisiva la influencia de la retórica reaganiana sobre Clinton. Atraer al otro, incluso al adversario, integrándose en su propio terreno de juego; simular (adoptar y adaptar) para acceder desde dentro al santuario de sus creencias, de sus valores. Ir hacia él, para interactuar en una conversación que nunca dejará de fluir en ideas, resultados y servicios para el pueblo. “Y así como el agua se amolda a los accidentes del terreno, para conseguir la victoria un ejército debe adaptarse a la situación del enemigo” (Tzu, 2003: 98). En definitiva, “conseguir la victoria modificando su táctica de acuerdo con la situación del enemigo” (Tzu, 2003: 98). No en vano Morris sostuvo que el primer discurso inaugural de Reagan fue en realidad una conversación con sus conciudadanos (Morris, 1999: 412). Clinton, como antes Reagan, hablaba al público de forma dinámica; en verdad, ellos interactuaban y compartían en una relación de medida reciprocidad. La concepción que tiene de su comunicación política se edificó sobre una idea primigenia: el discurso es parte de un avance progresivo. La conversación que se establece entre presidente y ciudadano, una forma de caminar hacia la consecución de objetivos igualmente ambicionados. Las

⁵³ Traducción propia.

⁵⁴ Traducción propia.

mejores intervenciones de los dos presidentes estuvieron cortadas por el mismo patrón operativo, que no ideológico. Hablar, escuchar, avanzar. La idea de progreso solidario, también aquí.

La racionalidad como manifestación emocional

El éxito de Reagan, y luego de Clinton, reposó en su probada capacidad para hacer suyos los discursos, incluso los ajenos. La habilidad para responder al adversario —como pudo apreciarse en los debates electorales— era sintomático de un instinto político que incorporaba el argumentario del antagonista hasta dejarlo —a éste— completamente desprotegido de bases retóricas. Pero también se daban diferencias significativas, como sostiene Fred Greenstein al analizar su comunicación política: el presidente Clinton tendía a tomar una solución transversal en cuestiones que fuesen “objeto de controversia”, al tiempo que practicaba su fe en el Gobierno y en la Administración Federal como actores al servicio de la comunidad; las “*public policies*” como función “catalizadora” a favor de los ciudadanos.

No puede haber mayor contraste que entre un Bill Clinton, cuya posición siempre estuvo abierta a modificaciones, y un Ronald Reagan que fue vago en lo que respecta a los detalles de sus políticas, pero anclado en un puñado de grandes verdades (Greenstein, 2004: 187)⁵⁵.

Reagan era un maestro en el arte de la retórica. Y ello gracias a una serie de recursos verdaderamente sencillos y, al mismo tiempo, de enorme potencial. De ahí la repetición de palabras, ideas y conceptos que entendía claves para cautivar al auditorio. Se trataba de insistir sobre un conjunto de variables que, sabiamente combinadas, den como resultado una oferta programática altamente motivadora. Al mismo tiempo, el adalid de la *Conservative Revolution* fomentó una imagen de naturalidad en sus intervenciones. El ingenio de una respuesta ágil y precisa, una apostilla breve pero imprevista a un discurso ajeno, o al propio. Reagan aparecía como un líder retórico capaz de afrontar los mayores desafíos y de escalar cimas escarpadas del combate dialéctico.

Los presidentes hablan al mismo tiempo para el pueblo y al pueblo, y esta peculiar conjunción es lo que marca su desafío retórico, distinto a la de otros líderes políticos; su lucha por unificar a orador y auditorio. La elocuencia presidencial trata de sintetizar elementos aparentemente dispares en un todo único, y la plenitud es siempre, directa o indirectamente, el mensaje que los presidentes tienen que entregar (Fields, 1996: 16)⁵⁶.

⁵⁵ Traducción propia.

⁵⁶ Traducción propia.

Como recurso metafórico en sus mensajes, Clinton implementó la figura del reto a superar en detrimento del enemigo irreductible que había dominado hasta la década de 1980. Al tratarse del primer presidente elegido tras el colapso de la Unión Soviética en 1991, Clinton comprendió la necesidad de modificar el discurso institucional. Los nuevos tangibles que debían afrontarse eran de carácter social, formativo, internacional, pero en un ámbito de mayor cooperación. El entendimiento se convertía en un valor en sí mismo. Un mecanismo de interposición consistía en evitar la frontalidad con los argumentos opuestos; se impuso la separación entre las personas (respeto a sus valores, creencias, expectativas) y la aparente falibilidad argumentativa de quienes les representasen. Los motivos constituyen la primera ligazón emocional entre un líder y sus potenciales electores. El ataque despiadado contra los principios que mueven la acción retórica de un líder contrario, puede provocar el rechazo de sus correligionarios o adeptos hacia el considerado agresor. El presidente intentaba debilitar al líder que se le oponía, sin rebajar la calidad de algunos argumentos. De hecho, en ocasiones podía plantear el sofisma de que realmente aquella propuesta podía ser interesante, pero que el político que la encarnaba no estaba preparado para llevarla a cabo.

La metamorfosis del líder como expresión viva de la pluralidad social. Desde la primera magistratura del país, Reagan decidió convertirse en un político de pros, reuniendo a su alrededor los elementos positivos de la mejor tradición nacional en materia de derechos y obligaciones, tamizada por un conservadurismo democrático. La capacidad para auto-transformarse en lo que un auditorio concreto necesitase, fue un hecho galvanizador y poderosamente creciente. El presidente conservador tenía una idea definida de país; éste también emergía metafóricamente en su discurso bajo distintas formas, como un sol resplandeciente que anuncia un porvenir sembrado de ilusiones y posibilidades. La alegoría como realidad simbólica.

Conclusión

Clinton supo conjugar algunas formas aportadas por Reagan junto a contenidos de Quigley. La combinación de ambas influencias resultó útil, en tanto la idea de misión fue un reclamo permanente desde la oratoria del presidente Clinton. Ese espíritu benéfico donde la acción gubernamental equivalía a redención moral, era deudor del solvente legado intelectual de Carroll Quigley. El principio –intocable, inatacable, insoslayable– de dar cumplimiento a nuestro deber a la hora de ejercer lo que la sociedad exige de nosotros, tuvo en Clinton a un declarado servidor. De ahí su “obligacionismo retórico” respecto a la rendición de cuentas; el presidente se esforzaba en aparecer como un dirigente al servicio del país, de la sociedad, de la comunidad. Una nación que debía recuperar el idealismo quigleyano de perseverar en un mundo mejor para todos, donde las expectativas de plenitud se cumplieren bajo el reinado de la solidaridad democrática. El conformismo, sostuvo Clinton en aplicación de las enseñanzas de Quigley, no era una opción

asumible. Era preciso recuperar el impulso originario que dotaba de grandeza a los ciudadanos, al sentirse protagonistas de su propia historia. Clinton exaltó la figura del ciudadano común, erigido en héroe de la sociedad cada mañana cuando marchaba al trabajo; el valor de la pequeña escala tuvo en el presidente demócrata a un consumado ejerciente.

En la praxis reaganiana, todo discurso político es propaganda que debe ser comprendida –y asumida– por el mayor número de ciudadanos de la forma más transparente posible. Claridad de ideas, transparencia de mensajes; nitidez de contenidos y formas. El estilo retórico de Reagan promovía la libertad de cada individuo (D'Souza, 1999: 249). La comunidad era operativa en la medida que lograrse conservar los derechos individuales que pertenecen a cada persona⁵⁷. El uso de símbolos también es parte de la retórica política, a la que sirven y de la que se sirven. La concepción iconográfica del poder presidencial que se ejercita en Estados Unidos, exige del nuevo Rey Patriota la obligación de activar recursos en defensa de la democracia. Principios morales o reglas sociales que atraigan los mejores elementos de la comunidad hacia la causa de la libertad.

El presidente Clinton comprendió la enseñanza de Reagan de que el proveedor de soluciones debe administrar sus tiempos políticos de conformidad al presupuesto fáctico de que un líder no tiene derecho a mostrar angustia, temor o agotamiento; ello transmite la imagen de un dirigente caído en desgracia y, más grave, completamente superado por las circunstancias: alguien incapacitado para gobernar los destinos de un país. En estos casos, la única salida honorable es sobreponerse a la adversidad; hacer el trabajo, prospectar las dificultades y tomar la iniciativa. Clinton resistió y se reconstituyó ante las adversidades. En las etapas más conflictivas, su retórica adoptó giros a favor de los empleados de empresas o instituciones, se defienden los programas sociales que benefician a la mayoría, se generan nuevas ideas de protección social que, lideradas por el presidente, se convierten en realidad; ante el acoso, frente a los ataques, era preciso salir fuera, ir directamente al pueblo, hablar con los ciudadanos, uno a uno, escucharles, animarles, y proponerles soluciones factibles. La manera en que Clinton logró superar (una tras otra, paso a paso) las sucesivas acusaciones que afrontó su presidencia, fue un caso paradigmático del político empático a la vez inteligente con todos y superviviente de sí mismo.

Los discursos de Reagan –en este punto influyeron sobre la retórica presidencial de Clinton– son un llamamiento permanente en la prosecución de la verdad y la justicia. Los dos valores supremos de la democracia americana como epitome moral. La integración del auditorio se hace de forma personal, directa, interpelando al interlocutor (genérico o mediante el uso de ejemplos o metáforas), exponiendo casos que superan el contexto de la situación y el contenido de lo tratado. Ir más allá. Trascender lo mediato, superar lo fungible.

⁵⁷ “Al mismo tiempo [...], -y les digo esto a ustedes en ambos partidos, y a todo el país esta noche, a todas las personas que están escuchando– no es suficiente aprobar un presupuesto, ni siquiera tener un acuerdo comercial” (Clinton, 1993b) (traducción propia).

Clinton, como antes Reagan, habló al público desde el dinamismo dialéctico, el compromiso personal y la convicción moral. La visión que atesoró de su comunicación política se basaba en una idea primigenia: el discurso es parte de un avance progresivo; el diálogo que se establece entre presidente y ciudadano era una forma de caminar hacia la consecución de objetivos igualmente compartidos. Hablar y escuchar; avanzar. El progreso compartido, la ilusión renacida; también aquí.

Referencias bibliográficas

- Anonymous (1996). *Primary Colors: A Novel of Politics*. Nueva York: Warner Books.
- Brewster Smith, M. (1964). "The Achieving Society by David C. McClelland", *History and Theory*, volumen 3, número 3, pp. 371-381.
- Bryce, J. (1995). *The American Commonwealth. Tomo I*. Indianapolis: Liberty Fund.
- Cannon, L. (2000). *President Reagan: The Role of a Lifetime*. Nueva York: Public Affairs.
- Clinton, W. J. (1992). "Address Accepting the Presidential Nomination at the Democratic National Convention in New York", 16 de julio de 1992. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25958&st=> Fecha de consulta: 21 de abril de 2014.
- _____ (1993a). "Remarks to the National Governors' Association", 2 de febrero de 1993. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=46600&st=> Fecha de consulta: 20 de agosto de 2014.
- _____ (1993b). "Address Before a Joint Session of Congress on Administration Goals", 17 de febrero de 1993. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=47232&st=this+to+you+in+both+parties+and+across+America+tonight%2C+all+the+people+who+are&st1=> Fecha de consulta: 11 de agosto de 2013.
- _____ (1993c). "Remarks Announcing the Anticrime Initiative and an Exchange With Reporters", 11 de agosto de 1993. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=46979&st=> Fecha de consulta: 27 de diciembre de 2013.
- _____ (1993d). "Remarks on the Economic Program in Hyde Park, New York", 19 de febrero de 1993. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=46009&st=> Fecha de consulta: 9 de enero de 2014.
- _____ (1994a). "Remarks at the Edmund A. Walsh School of Foreign Service at Georgetown University", 10 de noviembre de 1994. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=49469&st=> Fecha de consulta: 21 de abril de 2014.
- _____ (1994b). "Statement on the White House Initiative on Welfare Reform", 8 de diciembre de 1994. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=49565&st=> Fecha de consulta: 20 de agosto de 2014.
- _____ (1995a). "Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union", 24 de enero de 1995. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=51634&st=> Fecha de consulta: 9 de mayo de 2014.

- _____ (1995b). "Statement on Naming Aircraft Carriers for Presidents Truman and Reagan", 2 de febrero de 1995. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=87503&st=> Fecha de consulta: 20 de junio de 2014.
- _____ (1996a). "Remarks to the Community in Detroit", 22 de octubre de 1996. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=52146> Fecha de consulta: 2 de febrero de 2014.
- _____ (1996b). "Remarks in Sioux Falls, South Dakota", 4 de noviembre de 1996. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=52215&st=> Fecha de consulta: 2 de abril de 2014.
- _____ (1998a). "Remarks at the Dedication of the Ronald Reagan Building and International Trade Center", 5 de mayo de 1998. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=55898&st> Fecha de consulta: 14 de marzo de 2014.
- _____ (1998b). "Remarks at Georgetown University", 9 de febrero de 1998. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=55348&st=> Fecha de consulta: 22 de noviembre de 2013.
- Clinton, B. (2004). *My Life*: Nueva York: Knopf.
- D'Souza, D. (1999). *Ronald Reagan: How and Ordinary Man Became an Extraordinary Leader*. Nueva York: Touchstone.
- Dahl, R. A. (1992). "Myth of the Presidential Mandate", en Richard M. PIOUS (editado por), *Presidents, Elections & Democracy (Essays from Political Science Quarterly)*: Nueva York: The Academy of Political Science.
- Dallek, R. (1999). *Ronald Reagan: The Politics of Symbolism*. Cambridge: Harvard University Press.
- Fields, W. (1996). *Union of Words: A History of Presidential Eloquence*. Nueva York: The Free Press.
- Fullbright, J. W. (1966). *The Arrogance of Power*, Nueva York: Random House.
- Greenstein, F. I. (2004). *The Presidential Difference: Leadership Style from FDR to George W. Bush*. Princeton: Princeton University Press.
- Klein, J. (2003). *The Natural: The Misunderstood Presidency of Bill Clinton*. Nueva York: Broadway.
- Lazare, D. (1996). *The Frozen Republic: How the Constitution Is Paralyzing Democracy*. Nueva York: Harcourt Brace Company.
- McClelland, D. C; Atkinson, John W.; Clark, Russell A; y Edgar L. Lowell (1953). *The Achievement Motive*. Nueva York: Appleton Century Crofts.
- _____ (2010). *The Achieving Society*. Mansfield Centre (Connecticut): Martino Publishing.
- Morris, E. (1999). *Dutch: A Memoir of Ronald Reagan*. Nueva York: Random House.
- Noonan, P. (1998). *On Speaking Well: How To Give a Speech With Style, Substance, and Clarity*. Nueva York: Harper Collins Publishers.
- _____ (2002). *When Character Was King: A Story of Ronald Reagan*. Nueva York: Penguin Books.
- Paine, T. (1984). *Collected Writings*. Nueva York: The Library of America.
- Quigley, C. (1979). *The Evolution of Civilizations: An Introduction to Historical Analysis*. Indianapolis: Liberty Fund.

- _____ (1998). *Tragedy & Hope: A History of The World In Our Time*. Nueva York: The Macmillan Company.
- Reagan, R. (1982). "Remarks at a Rally for United States Senator David Durenberger in Bloomington, Minnesota", 8 de febrero de 1982. Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=41999&st=> Fecha de consulta: 19 de agosto de 2014.
- _____ (1989). *Speaking My Mind: Selected Speeches*. Nueva York: Simon and Schuster.
- _____ (1990). *Ronald Reagan: An American Life*. Nueva York: Simon and Schuster.
- _____ (2007). *The Reagan Diaries*. Nueva York: HarperCollins Publishers.
- Reeves, R. (2005). *President Reagan: The Triumph of Imagination*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Sanmartín, J. J. (2008a). "Ideas políticas y retóricas del presidencialismo constituyente en Estados Unidos". *Alpha. Revista de Artes, Letras y Filosofía*, número 27 (diciembre), pp. 147-166.
- _____ (2008b). "La retórica política del Presidente Clinton", *Utopía y Praxis Latinoamericana*, número 43 (octubre-diciembre), pp. 135-148.
- _____ (2009). "A ciencia como política. A tecnología na retórica do Presidente Clinton", *Roteiros. Arumes de Pensamento Crítico*, número 3, pp. 59-75.
- _____ (2011). "La comunicación política del Presidente Clinton. El discurso del Estado de la Unión de 1998", *aDResearch ESIC (Revista Internacional de Investigación en Comunicación)*, número 4 (julio-diciembre), volumen 4, pp. 96-117.
- _____ (2012). "El posicionamiento estratégico del Presidente Obama: hacia la reelección de 2012", *Politeia. Revista del Pensamiento Político (México)*, número 63 (julio), pp. 39-57. También (versión publicada en catalán): "Obama: reelección en 2012?", *L'Espill*, número 41, pp. 26-43.
- _____ (2013a). "El President de la Generalitat Valenciana. Un presidencialismo inducido", en José Manuel Canales Aliende y Manuel Menéndez Alzamora (editores), *El sistema político y administrativo valenciano*, Valencia, Editorial Tirant lo Blanch, 2013, pp. 189-212.
- _____ (2013b). "El liberalismo social del Presidente Clinton. La cooperación como política pública", *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, número 15, pp. 255-272.
- _____ (2013c). "La Jefatura del Estado y el presidencialismo", en Canales, J. M. y Sanmartín, J. J. (Ed.), *Introducción a la Ciencia Política*, Madrid: Editorial Universitas, pp. 101-115.
- Schmitt, C. (1991). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tzu, S. (2003). *El arte de la guerra*. Madrid: Ediciones Martínez Roca.
- Ward, G. C. (1989). *A First-Class Temperament: The Emergence of Franklin Roosevelt*. Nueva York: Harper Perennial.